

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

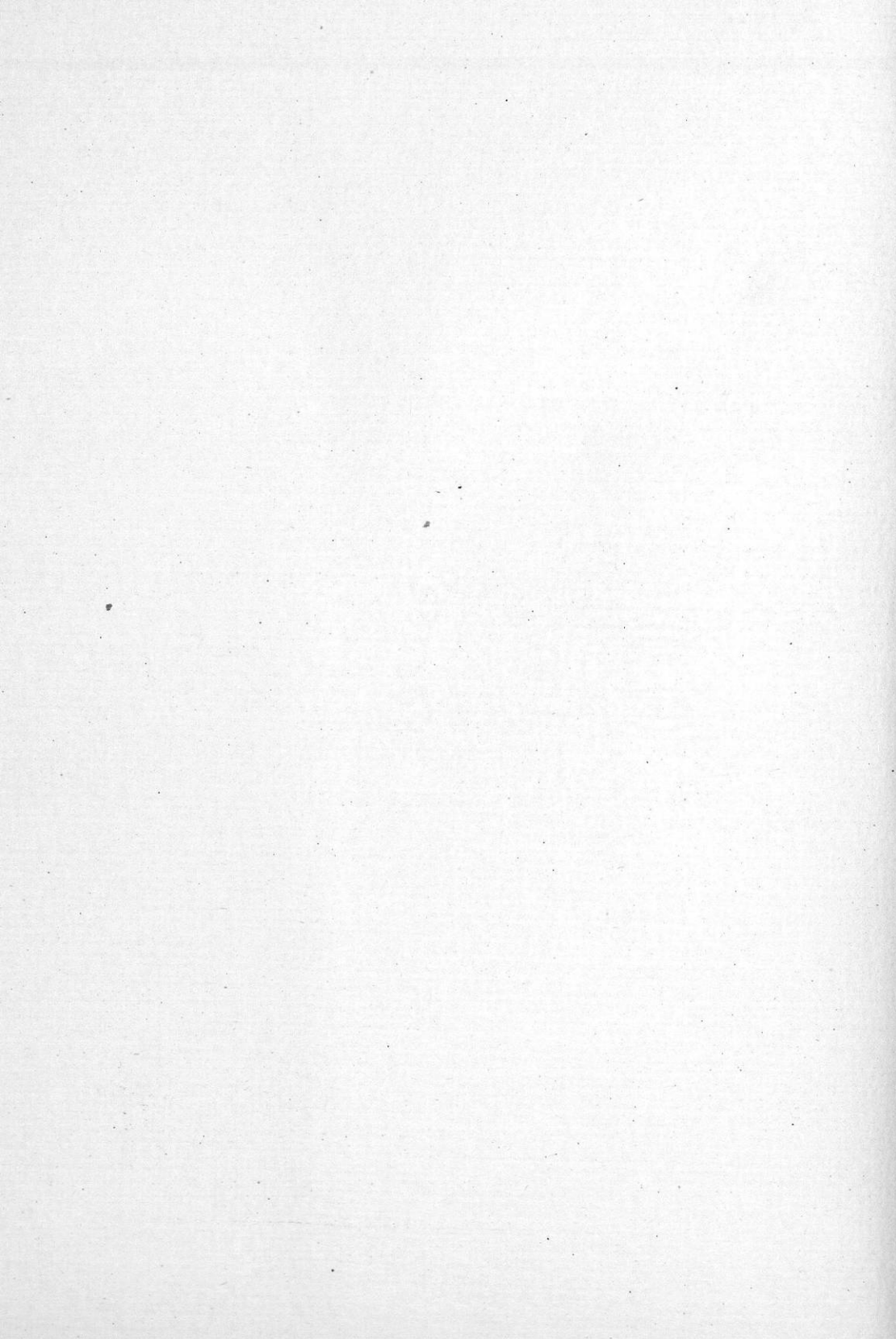
2 . ª É P O C A

Año 1956 - Número 77



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



328

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **356**



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1956



Tomo XXIV
Número 77

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1956

M A Y O — J U N I O

Número 77

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Angel CAMACHO BAÑOS.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUE-SADA.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

S U M A R I O

Págs.

ARTICULOS

- J. de M. Carriazo.—*Retratos literarios de la Corte de los Reyes Católicos* 217
Jesús de las Cuevas.—*Una polémica sobre el Greco*. (Cuatro ilustraciones fuera de texto) 237
Manuel García Viñó.—*El paisaje poético de Antonio Machado*. (Dos ilustraciones fuera de texto) 257

MISCELANEA

- Hipólito Sancho de Sopranis.—*La custodia franciscana de Sevilla. «Ensayo histórico sobre orígenes, progresos y vicisitudes»* 277
A. H.—*Extensión cultural del Ateneo hispalense* 283
*** *Premios y becas de la Excma. Diputación Provincial*. (Patronato de Cultura) 289

LIBROS: Varios 291

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—*Cronista Oficial de la Provincia. Mayo y junio, 1948.* 303

RETRATO LIBRARY DE LA CORTE
DE LOS SEÑORES CATOLICOS

ARTICULOS ORIGINALES

RETRATOS LITERARIOS DE LA CORTE DE LOS REYES CATÓLICOS

LO que en último análisis distingue a un historiador profesional de un hombre de buena fe curioso de historias (aunque también los historiadores pueden ser hombres de buena fe), es que el lector aficionado propende a tomar los relatos históricos como cosa cierta y bien averiguada, en la que caben ampliaciones o enmiendas de detalle, pero nunca correcciones de fondo; mientras que para el historiador de raza o de oficio, todas las narraciones históricas son estados provisionales de conocimiento, sujetos a incesante rectificación. Dentro de esta actitud general de todo hombre de ciencia, el historiador se siente especialmente inclinado a la duda metódica. Todo relato le parece sospechoso, no acepta nada sin someterlo a los ácidos y los microscopios de su crítica, y siempre le parece que se puede saber más y mejor de cualquier hecho del pasado. Ese pavoroso pasado en el que caen todas las cosas que son, e inmediatamente pasan a haber sido; incluso esta última palabra mía que aún suena en el aire.

Esto quiere decir que todas nuestras representaciones históricas se encuentran en perpetua renovación, sometidas a múltiples operaciones de análisis y de síntesis. En definitiva, la renovación se produce de tres maneras (compatibles y acumulables): o por el descubrimiento de nuevos elementos de información, que llamamos *fuentes históricas*; o por nueva interpretación de las fuentes ya conocidas; o por nueva combinación de los datos de las fuentes. Los historiadores no se conforman jamás con lo que encuentran hecho. Siempre les parece que sus antecesores no han conocido bastantes fuentes, o que no han sabido entenderlas a fondo, o que no han acertado a manejar sus datos. Y casi siempre llevan razón.

Es que, en el fondo, hasta las mejores construcciones históricas tie-

nen una vigencia limitada. Sin necesidad de alumbrar nuevas fuentes, como cada generación tiene sus cuadros estimativos, su sistema de intereses y sus problemas, cada una de las nuevas experiencias que va vi- viendo ilumina para ella situaciones del pasado que habían quedado en la penumbra, como inexpresivas, y le da penetración para comprender, hasta en lo más profundo, hechos que antes parecían intrascendentes y que revelan, de pronto, todo su valor y su sentido. Así se va haciendo apremiante la urgencia de una nueva representación del pasado, hecha desde el punto de vista de la nueva situación, y que responda a su sensibilidad, sus inquietudes y sus curiosidades. Y de este modo, cada nueva generación, sobre todo si es fuerte y consciente, además de escribir su propia historia y la historia de su tiempo, necesita escribir de nuevo toda la historia universal.

Por supuesto, esta caducidad de las construcciones históricas se acelera con el alumbramiento de nuevas fuentes, que traigan nuevos datos y nuevas luces, desarrollos y rectificaciones esenciales. Pues las fuentes son la sangre y la savia de la disciplina histórica, y el valor de todas sus elaboraciones depende, sobre todo, de la cantidad y calidad de sus fuentes.

Sí, las fuentes son la vida de la historia, como las otras fuentes son creadoras de la vida en la superficie de la tierra. No he de apurar las posibilidades de esta feliz sinonimia. Pero tampoco he de embarcarme en definiciones y clasificaciones de las fuentes históricas. Baste lo que todos sabemos, que fuentes históricas son todos los medios de obtener una información del pasado, que hay fuentes *directas* y fuentes *secundarias*, y que entre aquéllas se distinguen las *narrativas*, que son todos los escritos redactados con la intención de contar hechos históricos, las *documentales*, que comprenden todos esos textos de carácter jurídico o administrativo, principalmente, interpretados mediante la Paleografía y la Diplomática, y las *monumentales*, en que se incluyen todos los restos materiales, interpretados con el auxilio de la Arqueología, la Epigrafía, la Numismática, la Heráldica y otras muchas ciencias afines.

En cambio, las fuentes narrativas no han tenido hasta hace muy poco una ciencia particular, que se ocupe de ellas ceñidamente. Ahora sí, como vamos a ver a continuación. Yo no diré que las fuentes narrativas son las más importantes, porque parecería un juicio de valor demasiado subjetivo. Pero lo pienso. Porque mi vocación más absorbente se cifra en estudiar y publicar fuentes narrativas, si es posible inéditas, y mejor aún desconocidas. La fortuna, que suele favorecer a los tenaces, me ha permitido añadir algunos aumentos al tesoro de la Literatura histórica española.

Las fuentes narrativas han pasado por grandes alternativas de crédito y desprestigio. La burda falsificación de los falsos cronicones las desprestigió grandemente, a los ojos de quienes no son capaces de distinguir el oro de la escoria. En los tiempos modernos, el perfeccionamiento

de los métodos paleográficos y diplomáticos las ha dejado en desfavor, mientras la estimación del documento ha llegado hasta la idolatría. Se las ha tachado de total y sistemáticamente superficiales, adulatoras y mendaces; olvidando que los documentos también lo son muchas veces, desde las genealogías hasta las declaraciones de abastos.

Poco a poco, una ciencia nueva, la *Historiografía* (palabra que debe reservarse para designar el conjunto de las fuentes narrativas y el estudio de estas mismas fuentes), va fijando sus métodos, que investigan el autor y sus circunstancias, el lugar y la fecha de redacción, la fijación del texto, el contenido, las fuentes, la transmisión manuscrita y la preparación del aparato crítico, en vistas de la edición. Así es posible aquilatar con toda la precisión humana el valor de cada fuente, sus novedades, excelencias y defectos, corregir las deformaciones de posición del autor y establecer textos seguros, que puedan manejarse por todos. Esta es la buena nueva que vengo predicando con el ejemplo, como un pequeño profeta, que a veces se siente incomprendido.

En el ámbito de la Historiografía entran las crónicas, historia, anales, memorias y otras especies menores. Su valor informativo, que investiga el método historiográfico, es cosa aparte de su categoría artística, que corresponde estimar en la Historia literaria. Por supuesto, Historiografía e Historia literaria son dos caminos paralelos en el ancho campo de la Filología.

Dentro de las fuentes narrativas existe una graduación, infinitamente matizada, que, en líneas generales, las califica en función de su proximidad, en el tiempo y en el espacio, a los sucesos narrados, y en función de las dotes y posición del autor. El ideal es la acumulación de fuentes directas, escritas por testigos presenciales, colocados en situaciones diversas. Sus testimonios se corrigen entonces mutuamente, y el verdadero historiador los contrasta con los de las otras fuentes, documentales y monumentales. El producto de la decantación de todos estos ingredientes, pasado por el tamiz de la crítica, es lo que llamamos verdad histórica.

España es uno de los países de más rica y variada historiografía. Para muchos de sus hechos capitales podemos contraponer los testimonios más dispares de cronistas cristianos, musulmanes y judíos. Secretarios, capellanes, confidentes o detractores de nuestros grandes hombres, han escrito sus anécdotas, que los documentos y monumentos confirman cada vez más. Todo nuestro arte, empezando por la creación poética, con su nota dominante de realismo, es de un inmenso valor histórico.

Pero estamos muy lejos de conocer completamente, ni a fondo, nuestra historiografía. Multitud de fuentes narrativas permanecen inéditas o mal conocidas, en ediciones deficientes. No tenemos los indispensables catálogos de manuscritos, ni repertorios biográficos, ni estudios suficientes de toponimia histórica. Y el trabajo colectivo no acaba de orga-

nizarse, si no es que resulta incompatible con nuestro genio de iberos anárquicos.

Fuerza es acotar parcelas y consagrarse a un huerto individual. Yo me vengo interesando por las crónicas castellanas del siglo XV y primera mitad del XVI, especialmente por las de los Reyes Católicos. En ellas he buscado mi tema de hoy. Pero en vez de elegirlo de lo ya publicado, como Fernando del Pulgar, o mosén Diego de Valera, o la *Crónica de los Reyes Católicos* de Alonso de Santa Cruz, he preferido otros textos más frescos y recónditos, que aún tardarán en publicarse. Son de Gonzalo Fernández de Oviedo, paje del príncipe don Juan, que asistió a la toma de Granada y a otros hechos decisivos de aquel glorioso reinado, y que en su ancianidad, alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, en la isla Española, evoca, con nostálgica complacencia y con una prodigiosa precisión de memoria, sus recuerdos de la corte de los Reyes Católicos.

Aquí traigo seleccionada una colección de esos textos, que constituye una preciosa galería de retratos de la corte de Fernando e Isabel. Permítaseme presentarlos con un pequeño artificio.

Puesto que se ha usado y abusado tanto de la historia para temario del cine, espero que me será lícito aprovechar los recursos de la cinematografía en favor de una evocación histórica. En efecto, quiero hacer ante ustedes la presentación de algo que podríamos llamar un documental retrospectivo.

Figúrense ustedes un Museo de figuras de cera: esas tétricas galerías de Madame Tussaud, de París o de Londres. Y en él, toda una sala consagrada a la España de los Reyes Católicos. Imagínense allí, rígidos y acartonados como reyes de baraja, vestidos con una convencional guardarropía, una doña Isabel caracterizada con los rasgos mofletudos del retrato conservado en el Palacio de Oriente; un don Fernando macizo y baturro, más cercano a los pastiches neo-góticos que a las piezas del Cabillo bajo de Sevilla o la Sala de Embajadores del Alcázar; un Cardenal Cisneros, «galga entre pieles», como escribió don Francesillo de Zúñiga, copiado del relieve de Alcalá, o de las pinturas de la capilla mozárabe de Toledo; un Cardenal Mendoza, según el feo retrato de Valladolid, sin la silueta elegante de los relieves de la sillería baja de Toledo; doña Juana, don Felipe y don Juan, con los rasgos de sus estatuas sepulcrales de Granada y de Avila. Y así por el estilo, cada vez con peor documentación, más cerca de Cardenera que de Orueta, otras dos o tres docenas de personajes contemporáneos. Todo frío, arbitrario y monótono, como mascarillas de momias egipcias.

En un momento dado, con esas transiciones bien matizadas que el

cine hace posibles, se abre una gran ventana, que inunda de luz vivísima la sala antes en penumbra. Una racha de viento agita las figuras inmóviles, llena las ropas flácidas y descompone las actitudes estereotipadas. Las facciones genéricas y anodinas van cobrando sus rasgos individuales y auténticos; brillan los ojos y los miembros se mueven con libertad y con vida. Finalmente, las figuras se miran y se reconocen, se agrupan según su rango y sus afinidades, y rompen a hablar entre sí, con sus voces por tantos siglos apagadas, diciendo sucesos, opiniones y sentimientos.

Es posible que me ciegue un poco mi entusiasmo de editor literario, pero creo con toda sinceridad que el texto sobre el que voy a entretener a ustedes permitiría llevar a realización esa película que empezaba a contarles, pues nos da, entre las otras cosas que ya veremos, nada menos que la estampa, la fisonomía, los gestos, el carácter, la indumentaria y las costumbres de casi todas las personalidades señeras de la España del 1500, y de muchas figuras secundarias y representativas de tipos sociales. Unas y otras presentadas con sus retratos físicos y morales, y en graciosas, verídicas e innumerables anécdotas.

Ustedes preguntarán enseguida en qué consiste ese tesoro, dónde se encuentra y cómo es que permanece desconocido. Pues se trata de un manuscrito de la Biblioteca Colombina, su autor es nada menos que Gonzalo Fernández de Oviedo y sigue inédito por la misma razón que lo han estado hasta el siglo anterior casi todas las obras del mismo autor, y siguen estándolo algunas de las más extensas e importantes y casi todas las menores de su fecunda pluma: por falta de investigadores y por desidia.

Por lo demás, lo mismo ocurre con otros muchos historiadores españoles; y en todo linaje de estudios son posibles todavía, y aún cada vez más a medida que se perfeccionan los métodos, descubrimientos importantes y hasta sensacionales. Una simple apreciación de conjunto de las piezas inéditas de la Historiografía española llenaría esta referencia; y una exposición detallada llevaría todo un curso. Para un período como el de los Reyes Católicos, en nuestros días se han publicado tres crónicas desconocidas y una versión mejor de la más bella; es decir, que se ha duplicado el repertorio de fuentes narrativas para este reinado.

No seré yo quien lamente la existencia de tantas fuentes inéditas, ya que en descubrirlas, estudiarlas y publicarlas está mi vocación y mi deporte. Sin embargo, este caso de Oviedo es ya excesivo. De toda su copiosa labor, sólo llegó a ver impresos el *Sumario de la natural historia de las Indias* (Toledo, 1526), la primera parte de la *Historia general* (Sevilla, 1535) y el Libro XX de la segunda parte (Valladolid, 1552). La edición completa de este monumento del ingenio humano ha esperado hasta que la realizó la Academia de la Historia, en 1851-55. Hasta 1870 no ha visto la luz el precioso *Libro de la cámara real del príncipe don*

Juan; y hasta 1880, e incompletas, las *Quinquagenas de la nobleza de España*. Todo lo demás, que es mucho, permanece inédito.

Así, muy principalmente, las *Batallas y quincuagenas*, obra distinta de la anterior, con la que muchas veces se la ha confundido. Desconocida de Nicolás Antonio, el primero en apreciar su valor fué Clemencín, que dedicó la Ilustración X de su *Elogio de la Reina Católica doña Isabel* (Madrid, 1821) a dar una idea de su carácter y contenido, con un índice de los manuscritos conocidos en su tiempo. Después aparecieron otros, y don José Amador de los Ríos pasó los últimos años de su vida preparando una edición que no llegó a realizarse. La Academia de la Historia confió entonces la tarea a don Vicente de la Fuente, quien estimó debía dar la preferencia a las *Quinquagenas*, por ser una obra completa y conservada en manuscritos autógrafos de Oviedo. Publicó una parte, y el resto y las *Batallas* siguen durmiendo el sueño de los justos setenta años después. Cierta referencia de Hurtado y González Palencia parece invitar al abandono de todo intento de edición, pues según ellos las *Batallas* son una «especie de memorias acerca de las familias y personajes que figuraron en la Corte de los Reyes de España, escritas en prosa pesadísima e indigesta».

Sánchez Alonso, con mejor criterio, se atiene a la opinión elogiosa de Clemencín. Pero veamos qué pensaba y qué se proponía el mismo Oviedo. Nos lo dice en las *Quinquagenas*, que son un tratado moral en versos pareados con sus comentarios y ejemplos en prosa, y se llama así porque está dividido en tres partes, cada una con cincuenta estancias y cada estancia con cincuenta versos. La *Historia general y natural de las Indias* tiene también cincuenta libros; y las *Batallas* se llaman igualmente *Quinquagenas*, porque cada una de sus partes o *batallas* debía contener cincuenta diálogos.

Pues en la estancia 22 de la quinquagena III, citada por Clemencín, dice Oviedo: «Entended, lector, que ha días que en esta e otras materias escribo e hablo, y no desde ayer, sino sin muelas e dientes me he puesto tal ejercicio. De las muelas ninguna tengo, y de los dientes superiores todos me faltan, e ni un pelo en la cabeza y la barba hay que blanco no sea, y en setenta y siete años constituido vivo, hasta que el Señor de la vida sea servido. Y desde el año 1490, seyendo de doce años, page muchacho fuí llevado a la corte de los serenísimos e católicos reyes don Fernando e doña Isabel, de inmortal memoria, e comencé a ver e conocer la caballería e nobles e principales varones de España. Y no os maravilléis si en algunas de las cosas que hasta aquí he escripto y se contienen en estas *Quincuagenas* yo hablo más puntualmente que otro lo haría, porque a la verdad pocos hombres de estado, y digo muy pocos, hay en los reinos de Castilla y de León, Galicia, Navarra, Granada, Aragón, Valencia e Cataluña, que yo no los haya visto e conocido a ellos o a sus padres o abuelos, desde el tiempo que he dicho a esta parte».

«Hanme aprovechado mucho para salir con este tractado o *Quincuagenas*, otras que escribo más largamente —las *Batallas*— dialogando de la nobleza e casas principales de España, en que digo sus fundadores e rentas e armas, e sus genealogías, e muchas historias e casos intervenidos a aquellos de quien tracto, en cuatro grandes volúmenes. Y en cada casa de quien tracto, comienzo en el señor della que yo ví, e dialogando se traen a consecuencia los ascendientes e descendientes. Obra es en que yo he gastado mucha parte de mis días e noches; y no la he acabado por dos cosas. La una, porque he tenido esperanza de ir a morir a España, para perfeccionar algunos pasos en lo moderno de aquellas cosas que se acumulan en la Tercera parte de las *Quincuagenas dialogadas*. Lo otro que me ha detenido, es una promesa que hizo el cronista Florián Docampo. Y pues ha doce años que le atiendo, y no vemos que cumple su promesa, no entiendo de dejar de proseguir lo concertado, que a la verdad esto de las armas de España ha menester mucha vigilancia para escribirlo bien, que para solo este punto e de los linages yo quisiera que me ayudara su aviso. Mas pues no viene, con hacer lo que supiere acabaré mis diálogos lo mejor que yo pudiere, e diré lo que en la materia siento».

Y de este modo, como un diálogo entre dos interlocutores, *Sereno*, que pregunta, y el *Alcaide*, que es el mismo Oviedo, alcaide de Santo Domingo en la isla Española, que le responde, van saliendo las personalidades y linajes más ilustres del 1500. «Apenas hay suceso pequeño ni grande del tiempo de los Reyes Católicos —dice Clemencín— de que no se haga mención, con tal multitud de relaciones particulares, anécdotas y noticias de todas clases, que es un verdadero tesoro para la historia de aquellos tiempos, y como escrito por un testigo tan fidedigno, adquiera más derechos a la estimación y aprecio de los curiosos».

Oviedo no terminó esta obra de las *Batallas*, ni alcanzó a ordenar lo que llevaba escrito; pero la extensión de lo que se conserva y la esperanza de que vaya apareciendo más de lo que falta, explican, por lo menos en parte, que la publicación se venga demorando. Además, la forma dialogada es un poco enervante para nuestra impaciencia de lectores apresurados.

Felizmente, alguien tuvo la ocurrencia de hacer una selección de los originales de Oviedo, cercenando el artificio dialogado y conservando lo demás, incluso las formas del lenguaje y los reclamos marginales. De ese modelo, que había pasado de la biblioteca de don Juan Suárez de Mendoza, oidor de la Audiencia de la Contratación, a la de don Domingo de Urbizu, contador de la Avería en la misma Casa, procede el manuscrito de la Colombina; que es una copia anónima, fechada en 1686. Se titula: «*Algunos elogios y relaciones de personas y linajes*, sacados de los *Diálogos* que escribió Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cronista del emperador Carlos V y criado de los Reyes Católicos». Al final lleva una nota autógrafa de don Juan Bautista Muñoz: «Esta obra parece parte

de la que en dos tomos en folio he visto en el Colegio Mayor de San Bartolomé, de Salamanca, institulada *Quinquagenas de varones ilustres*».

Esta es la verdad. Podemos suponer que nuestros *Elogios y relaciones* contienen como una cuarta parte de las biografías que llegó a escribir Oviedo. Es como un aperitivo para la obra más completa, y un modo excelente de poner en circulación un caudal importante de sus novedades. Incluso parece que en los *Elogios* hay semblanzas que faltan en la parte conservada de las *Batallas*. Si ha pasado hasta ahora inadvertido, creo que ha sido por su excipiente genealógico.

Para toda la parte retrospectiva, Oviedo se vale de muchas crónicas reales. El paradigma de su trabajo son las *Generaciones y semblanzas*, de Fernán Pérez de Guzmán, y los *Claros varones de Castilla*, de Fernando del Pulgar. Mira con desdén los *Libros de linajes*, llenos de «cosas apócrifas y sin fundamento indignas de todo crédito, ni aun de gastar tiempo en escribirlas; más otras hay mucho mejor ordenadas y verosímiles, y muchas que se confirman con historias y privilegios y otros testimonios auténticos. Porque como estos libros, por la mayor parte, son fragmentos de diferentes autores, unos escribían con más autoridad y fundamento que otros. Y aun eligiendo lo más cierto y atinado, y lo que más se llega a la verdad, nos apartaremos de lo menos cierto, en estas relaciones, y (de) lo que tiene menos apariencia de verdadero».

Algunas familias habían procurado formar Memoriales de su linaje, a los que tuvo acceso Oviedo: «Otras muchas cosas se dexan de decir de esta ilustre casa y linaje de Cárdenas, por no dilatar más este sumario. Y si ha sido esta relación más prolixa que otras, es porque ha auido más que decir, que no de todas las casas hay cumplidos memoriales. Y así, no por culpa del autor sino por falta de noticia, se deja de decir de cada linaje y persona de los que en este tratado se hacen memoria lo que a cada uno pertenece».

Ya el padre de Oviedo (y es noticia importante para su biografía) se entretuvo en escribir relatos de cosas ocurridas en su tiempo, que conservó y aprovechó nuestro cronista. Hablando de las embajadas entre el Rey Católico y Alfonso V de Portugal, dice: «Pondré aquí el tenor destas embaxadas, según que lo hallé en un Memorial de mi padre, que con gran curiosidad notó y escribió algunas cosas notables que en su tiempo acaecieron, y las referiré con mucha verdad. Y en cuanto a estas embaxadas, dice la Memoria lo siguiente». Lo que sigue es un texto de Pulgar. Puede ser que proceda de una fuente común, de un relato oficial de aquellas negociaciones.

Pero toda esta parte retrospectiva, de la que el libro se va aligerando cada vez más, es lo menos valioso del texto; que si no fuera otra cosa bien podía continuar inédito. Lo útil, lo precioso, son las noticias contemporáneas, que son también las predominantes; cuando Oviedo habla por su propia experiencia de las cosas y personas que ha conocido, co-

mo muchas veces lo dice, explícitamente. «Yo conocí en la corte de los Reyes Católicos, siendo muchacho y paje del príncipe don Juan», dice hablando de los contadores mayores. «Allí (en Toro) conocí yo un cauallo mayorazgo que se llamaba don Juan de Deza, y tres hijos suyos, buenos caualleros». Habiéndosele saltado los ojos de las órbitas, en un accidente, Andrés Cabrera los salvó milagrosamente: «Y es verdad que siendo ya muy viejo, pocos meses antes que muriese, yo le ví leer, y rezaba en sus *Horas*, y tenía tan gentil vista como si tuviera veinte años o treinta menos de los que tenía». «Y lo vimos en Ubeda, en Diego de los Cobos, que murió viejísimo, y se hacía con él lo mesmo que con David». Gutierre de Fonseca tenía unas casas muy principales en la ciudad de Toro, «donde me acuerdo que el año de 1505 posó el Rey Católico, estando en aquella ciudad». A don Antonio de Bobadilla, caballero de Córdoba, «conocíle y tratéle mucho, el año de 1512». Etcétera, etcétera.

Estas acotaciones de testimonio personal comunican frescura y autenticidad a esas certeras instantáneas, en las que capta con muy pocos pero enérgicos trazos expresivos el gesto y el atuendo, el genio, disposición y modo de conducirse de aquellas gentes de hace trescientos cincuenta años. ¡Maravillosa retina la suya, pues tales retratos no se escribieron hasta cosa de medio siglo después de haber sido impresionados!

Aunque los Reyes no tienen capítulo especial en *Elogios y relaciones*, sus figuras planean sobre toda la escena, haciendo algunas centelleantes presencias. Así en el caso de don Diego Osorio, el caballero que encaneció en una noche, sorprendido con una escala de cuerdas en el Alcázar de Sevilla. Doña Isabel, «que con mucha vigilancia miraba por su casa y por la honra y fama de las damas que en ella tenía», aparece «muy enojada y colérica, mandando poner preso a don Diego en la Torre del Oro y que luego se confesase, porque avía de ser públicamente degollado otro día»; aunque tuvo indulto, por la intercesión del príncipe don Juan. Otras referencias son más apacibles, como la de Beatriz Francisca de Bobadilla, «criada de la serenísima y católica reina doña Isabel, y tan acepta y amada della desde sus tiernos y primeros años, que aun en los postreros de su vida la llamaba siempre *hija marquesa*».

De don Fernando se recuerda, por ejemplo, una decisión de su justicia, expresiva de su alto concepto de la dignidad de un caballero. Don Fernando de Velasco, hijo y hermano de condestables de Castilla, entra solo y disimulado en una venta de Sierra Morena y es vejado por unos rufianes de ambos sexos, que lo toman por un judío arrendador de rentas. Cuando llegan sus criados, hace que el ventero y su familia salgan de la venta, y le indemniza de cuanto tiene en ella. Luego cierra puertas y ventanas y prende fuego al inmueble, ardiendo con los que estaban dentro. Oviedo piensa que «mostró más crueldad con unos miserables hombres y mujeres de la que en un humano y noble corazón cabe»; pero añade: «Quejóse a los Reyes Católicos el señor de la venta del daño y de

la atrocidad del caso, y muerte de aquella miserable gente. El Rey respondió que le pesaba de que aquellos hombres, que eran cristianos, hubiesen muerto sin confesión en tan peligroso estado —estaban borrachos—; mas que don Fernando de Velasco lo avía hecho como cauallero en satisfacerse de los ultrajes recibidos de aquella vil gente».

Oviedo evoca el primer encuentro de don Fernando y doña Isabel, describiendo el escudo de Gutierre de Cárdenas, con aquellas SS que aún flamean en las puertas de su casa, sobre una plaza polvorienta de Ocaña: «Entre las veneras de la orla de los Cárdenas, puso el Comendador mayor ocho SS negras; empresa que puso por memoria que cuando el rey don Fernando vino a casarse a Castilla, como llegó con otros caualleros que le acompañaban, para que la Reina no se engañase y conociese al Rey, señalándoselo, le dixo: ¡Ese es, ese es! Y en señal de este aviso, puso por orla de sus armas de Cárdenas las ocho SS.»

Hombre del Renacimiento, Oviedo aprecia la belleza del cuerpo humano, que entra por mucho en su escala de valores. «En libros de armas cuentan un chiste de un cauallero deste linaje, que fué tan hermoso que le llamaban *la doncella Mexía*, el qual casó con una sobrina del arzobispo don Lope de Mendoza». Don Esteban de Guzmán, señor de Orgaz, alguacil mayor de Sevilla, «fué uno de los más hermosos y gentiles hombres de su tiempo, y por extremo galán, que junto con su calidad le hicieron amable y bienquisto de todos sus singulares partes. Y en los exercicios de cauallero fué estremadamente señalado, y muy diestro hombre de a caballo en ambas sillas. Tuvo muy buena gracia y agrado con todo género de gentes... Cuando niño, fué paje de la Reina Católica doña Isabel, y después que se ganó Granada por los moros, año de 1492, entró don Esteban en el número de los galanes cortesanos de su casa real, y fué uno de los que más bien y polidamente se vestían en la corte». Pues don Alvaro de Luna, nieto del gran Condestable, «era de gallarda y gentil persona, hermoso y autorizado y de lindo aspecto».

Pero entonces, como siempre, abundaban más los feos: «Cuatro hermanos fueron en Toledo, feos y de mala disposición, y cuanto más se daban a la gala menos les lucía y estaban peor. Mas sus virtudes y buenas partes en cada uno de ellos era de singular ornamento y de mucha gloria y estimación. Estos eran don Juan de Silva, conde de Cifuentes, alférez mayor del reino y presidente del Consejo real de Castilla; don Alonso de Silva, clavero de la Orden de Calatrava, que es de quien se ha de tratar; don Pedro de Silva y don Lope de Silva. Cada uno dellos fué muy galán servidor de damas, y cada uno muy diestro y exercitado en las armas. Y todos cuatro se mostraron muy valientes y animosos en la conquista y guerra de Granada, donde pelearon en muchas ocasiones contra los moros enemigos de nuestra santa Fe, y cobraron grande fama y nombre con amigos y enemigos. El clavero era algo más bien dispuesto que sus hermanos, pero tenía la nariz larga y corcobada. Don Pedro no

la tenía buena, y era frío y muy desairado. Don Lope era muy corcobado, y peor dispuesto que ninguno dellos».

Gutierre de Cárdenas «fué de buena estatura, no menos que mediano de cuerpo, antes más, y no alto. Era muy bermejo, el cabello, y la barba espesa; y era muy gordo. Traía siempre en la mano una caña, no porque tuviese necesidad de arrimo cuanto por autoridad y por su oficio de mayordomo mayor. Era muy bien hablado, y hombre de mucha prudencia, y consejo, grave cuando convenía y sociable y de buena conversación con sus criados y los que le trataban. Siempre vivía dentro de palacio».

Gonzalo Chacón, «aunque fué pequeño de cuerpo, fué de grande ánimo y valentía, y mediante su valor, por sus muchas virtudes, se puso en grande estado entre los más eminentes señores de Castilla, haciéndole sus grandes partes digno de tan sublime lugar como ocupaba. Nunca trajo bonete ni sombrero, ni se le puso en la cabeza, si no fué por el sol, o lloviendo; y sin esto siempre traía descubierta la cabeza, aunque era ya muy viejo, y tenía nietos para casar, y casados; y aún alcanzó a ver sus visnietos buenos muchachos. Traía siempre el sombrero a las espaldas, asido del cordón, que ataba a la pletina; o le traía en la mano».

Don Fernando de Toledo, hijo segundo del primer duque de Alba, «comendador mayor de León y cazador mayor del Rey Católico, fué señor de Villoria. Fué favorecido del Rey. Era hombre pequeño y corto de vista, y muy gordo. Fué casado tres veces... Y sin estos hijos legítimos—más de diecisiete, de los que Oviedo sabe los nombres—tuvo el comendador mayor otros hijos bastardos, que fué muy dado a mujeres».

Su hermano don Pedro de Toledo, cuarto hijo del primer duque, «señor de las cinco villas de Mancera, no era bien dispuesto, corto de pescuezo y pequeño, pero valeroso y gentil cauallero, y gran galán y enamorado de la señora doña Leonor de Ayala, dama de la Reina Católica, con quien casó. Sus hijos, uno se llamó don Pedro de Ayala, que fué obispo de Canaria; y el otro se dixo un tiempo Juan Carrillo y después se llamó don Juan de Ayala, y fué corregidor de Segovia. Y ambos hermanos fueron patojos, que tenían los pies redondos y andaban de mala gracia, *anadeando* y cruzando los pies. La señora (su madre) fué muy hermosa y de muy buena gracia».

Don Carlos de Arellano, mariscal de Borobia, «por su lascivia y deshonestidad le llamaban, por ironía, *don Carlos el Casto*... Fué hombre de mediana estatura, bien fornido y recio, calvo y gordo y corto el pescuezo, el cabello como dorado; y ceceaba, pero con buena gracia».

Don Diego de Castilla, caballerizo mayor del príncipe don Juan, «fué muy gentil hombre y muy galán cauallero. Vistióse muy pulida y aseadamente, y era bienquisto de las damas y de los caualleros; y era muy sin vicios, valeroso en las cosas de veras y en las fiestas muy apacible. Gran justador, de los más cursados y diestros que hubo en España, y muy solazador de los reyes y de toda la corte. Era tartamudo, y por eso algo colé-

rico; mas reportábase presto, porque como discreto conocía su falta».

Doña Catalina de Zúñiga, condesa de Aguilar, «fué casada con Gonzalo Muñoz de Castañeda, *el Mozo*, señor de Hormaza; y viuda de este cauallero, se enamoró della el conde de Aguilar, don Alonso de Aguilar, *el Cabiztuerto*, y tuvo en ella una hija. Y para legitimarla, estando para morir, se casó con la dicha doña Catalina de Zúñiga; y (la niña) heredó la casa y condado de Aguilar, y se casó después con don Pedro de Arellano, su tío, hermano del dicho conde don Alonso su padre».

El adelantado Pedro Suárez de Quiñones «fué de buena estatura, romo y de buena persona, esforzado y sabio en la guerra, discreto y diligente en los negocios, muy franco y apacible. Tenía muchos caualleros de su parte, que le asistían, con quien largamente repartía sus bienes. Murió de setenta años».

Don Alvaro de Bazán, padre del famoso capitán de las galeras del Emperador, «era muy gallardo y valiente cauallero, muy gran cortesano y del palacio, y vivió en Granada... Fué de gentil persona, alto de cuerpo, enjuto y recio, y fué muy diestro en todos los ejercicios de guerra, a pie y a caballo, con mucha maña y gentil manera. Fué muy estimado y querido de todos los grandes y señores de la corte».

Don Antonio de Velasco y Zúñiga, conde de Nieva, «fué hombre de mediana estatura, subidos los hombros, la cara luenga, la boca muy descuidada, que casi siempre la traía abierta; y en fin, era fea persona vista. Pero era muy noble en su trato y conversación, y buen cauallero, y virtuoso, amigo de verdad y devoto cristiano y limosnero, amado de sus vasallos, sabio y buen cauallero, y muy diestro en la gineta. Hablaba poco, porque él entendía de sí mismo que entendía mejor las cosas de lo que las podía decir ni expresar».

Gonzalo Mexía, señor de Santofimia, «fué por su persona muy valeroso, autorizado y grave; de aspecto severo, *bermejo de color* y pertinaz en su parecer... Fué notado de litigioso y porfiado en sus pleitos, por el que tan continuado trajo muchos años con don Rodrigo Mexía su hijo, sobre no le entregar la dote de su madre, que le pertenecía». El hijo, don Rodrigo Mexía Carrillo, «fué de noble conversación y sabio, muy sufrido y de grandes partes de virtud y entendimiento. Fué *flaco de rostro*; muy modesto, católico. Hombre de consejo, tan pródigo y sabio que por su buena providencia en sus cosas le llamaban *el Adivino*. No fué notado sino de los pleitos que traía con su padre; mas era tan compuesto que, demás del litigar, hablaba con mucho respeto y reverencia de su padre en todas ocasiones».

«Fué la señora doña Elvira de Rojas y Castilla una de las más notables y valerosas señoras de su tiempo, así para la buena compañía de su marido como para la administración y gobierno de su estado, vasallos y hacienda. Fué honestísima y muy piadosa con los pobres, gran amparo de las buenas mujeres y tormento de las que no lo eran. Tuvo esta señora

cierta enfermedad, en que la mandaron sangrar los médicos, y avisaron que no la dejaran dormir. Era *muy gorda* y cargada de carnes. Y diéronse sus criadas tan mal consejo, que se durmieron y se descuidaron, y se desangró de tal manera que cuando la pensaron despertar estaba ya muerta y desangrada».

Don Francisco de la Cueva, segundo duque de Alburquerque, «fué singular cauallero y muy lucido, y fué muy buen hombre por su persona en las ocasiones en que fué menester mostrallo. Y juntamente fué muy católico y religioso, afable con todos y blando para con sus súbditos. Muy achacoso y enfermo, mayormente en los postreros años de su vida, que se hizo *ético*».

«Don Francisco de Zúñiga fué hombre alegre y regocijado, y muy risueño, tanto que le desautorizaba la persona. No obstante lo cual fué un buen cauallero. Y gran decidor y motejador; y en algunas cosas hablaba con gracia, y muchas no le salían bien. Mas estábale mal preciarse de dichos, que a otros lastimaban. Que es cosa muy notada y aborrecida de todos estimar en más un dicho que un amigo; y así con esta libertad en el decir se hizo a muchos odioso».

Don Diego de Castrillo, comendador mayor de Calatrava, «fué un cauallero muy lucido y liberal, y ninguno tenía mejor ni más cumplida mesa en todo el campo (de Santa Fe), donde indistintamente eran admitidos a comer y cenar todos los caualleros de su Orden. Y en esto gastaba todas las rentas, y decía que para esto las tenía. Era hombre muy sabio y llano, y de linda conversación. Cansábase mucho de oír a algunos jactarse demasiadamente de su linaje; y decía él: —Mirad, caualleros, mi padre menos tuvo que otros y no tanto como él merecía; y yo soy hijo de mi brazo derecho, y éste es el pariente mejor que tengo, y el que, mediante Dios, me ha dado la honra y estado que poseo, en servicio del Rey y Reina, nuestros señores. Hablemos en otra cosa».

Finalmente, Alonso Enríquez, caballero de Salamanca, «no fué muy rico, conforme a la autoridad ilustre de su linaje y a lo que su persona merecía, mas fué lucido y amable por su trato y condición, en aquella ciudad. En la cual como quisiese tener mucha mano y señorío don Garci Alvarez de Toledo, primer Duque de Alba, quisiera mucho que, como otros muchos nobles y ricos caualleros de aquella ciudad y de otras de Castilla llevaban gajes y acostamientos suyos, los tomase Alonso Enríquez, por ser deudo de su casa y tan vecino que le estaba bien. Pero la condición de Alonso Enríquez era más presumida y altiva, y no se quiso allanar a llevar gajes de grande, sino ser libre y servir al Rey cuando se quisiere servir dél. Y así, aunque vivía sin fausto y demasías, pasaba honradamente con su hacienda, sin ayuda de nadie».

«Ofrecióle, pues, el duque de Alba grandes partidos porque quisiese ser suyo y aceptar su acostamiento, por tener este cauallero tanta parte en Salamanca, donde el Duque deseaba el todo de la ciudad. Respondióla

Alonso Enríquez, como buen cauallero, que él no quería tomar dineros del Duque ni de otros señores, ni los avía de tomar de otros sino del Rey. Y replicándole el Duque le dixese la causa por qué no quería sus gajes, Alonso Enríquez, con mucho donaire, le envió esta copla, que fué muy celebrada en su tiempo:

Tengo veinte marcos de oro,
De plata ciento y cincuenta,
Buenas casas, en que moro,
Con quinientas mil de renta.

Cuatro escuderos por cuenta,
De linaje soy contento;
Vivo sin acostamiento,
Que es lo que más me contenta».

Como recuerda en una nota marginal nuestro mismo manuscrito, ya Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, al año 1468, atribuye una actitud y unos versos análogos a Luis de Medina, señor de la Membrilla y tesorero de la Casa de la Moneda sevillana. Pero el testimonio de Oviedo es más inmediato, y su coplilla más completa y mejor medida.

Supongo que sería fastidioso continuar acotando semblanzas. De todas las personas anteriores, y de muchísimas más, pues son más las biografías y en cada una caben muchos antecesores, descendientes y colaterales, Oviedo nos da, con la estampa física y moral, la estirpe, las costumbres, los servicios y prosperidades, las ocurrencias de toda especie; y además, sus bodas y descendencia, y las bodas y descendencia de sus descendientes. Este repertorio biográfico y genealógico no es ni sistemático ni aburrido, pues los elogios no están cortados por un patrón, y ofrecen toda esa infinita variedad, sin límites y sin repeticiones, de la misma especie humana, estudiada por este agudo y fecundo observador.

Lo más ameno, sin duda, después de estas vivaces miniaturas, es el cuadro de las costumbres públicas y privadas. Eso que los cronistas mayores sólo nos dan accidentalmente, y por añadidura, mientras que Oviedo las colecciona con fruición. Puesto que otra vez he recordado personas deshonestas, evoquemos aquí algunas de las virtuosas.

Ninguna como doña Teresa Enríquez, la Loca del Sacramento, esposa de Gutiérre de Cárdenas. «Casó el comendador mayor con la señora doña Teresa Enríquez, hija fuera de matrimonio del almirante don Alonso Enríquez y prima hermana del Rey Católico. Fué una de las más ilustres y excelentes señoras que ha avido en estos reinos, insigne en santidad y devoción, y del mayor celo cristiano que se pueda encarecer, y de cuya vida y obras de piedad y religión se pudiera hacer un buen volumen... Fué muy limosnera y de gran caridad, no sólo en España sino en muy

remotas provincias, donde resplandecía su nombre con las buenas obras que hacía. Socorrió y ayudó largamente la necesidad de innumerables pobres, ayudó muchas viudas y casó muchas huérfanas, y sacó de cautiverio infinitos cautivos».

«En Roma fué célebre su fama, donde dió principio que el Santísimo Sacramento se llevase en público a los enfermos, y con muchas hachas de cera, que antes no se vió en Italia; y así hizo una gran dotación para este efecto, en Santiago de los Caualleros Españoles, a uso de España». (El copista advierte en nota marginal: «Esta dotación no fué en Santiago, sino en Santo Lorenzo in Dámaso, y así consta de muchas bulas cerca desto, y de no pocas Historias»). «Y a su suplicación el Sumo Pontífice concedió la bula del Santísimo Sacramento, y otorgó el Papa León X grandes indulgencias; y dábanle a la señora doña Teresa algunos codiciosos más de cincuenta mil ducados por la bula, y repudió la oferta, diciendo que su intención era de salvar las ánimas y no de vender las gracias apostólicas. Y repartió las bulas graciosamente a las cofradías y a las iglesias parroquiales de España, para que dando cada cofrade dos maravedís de limosna en cada un año a su parroquia gozase de las indulgencias concedidas por la bula».

«Fundó la iglesia colegial y principal de Torrijos, y dotóla muy bien, con muchos ornamentos y plata para el servicio de los altares. Fundó el monasterio de monjas de la villa de Maqueda. Hizo muy particulares limosnas a las iglesias pobres de Galicia, (la) Montaña y Asturias, para el servicio del culto divino y de los altares, enviando ornamentos, frontales y cálices de plata para la celebración de los divinos sacrificios. Y en la Casa Santa de Hierúsalem, hizo grandes limosnas, que será relación infinita quererlas contar».

De la otra casa de privados más aceptos, como entonces se decía, de la Reina Católica, el matrimonio Andrés Cabrera y Beatriz de Bobadilla, salió otro grande ejemplo de piedad. «Murió la marquesa de Moya, doña Beatriz de Bobadilla, de más de sesenta años. Era el marqués más viejo que ella cinco años. Después de viudo, hizo grandes limosnas y descargos de conciencia, y vino a morir de ochenta años, poco más o menos. Fundaron en su vida los marqueses de Moya dos casas y mayorazgos, porque de el nombre y linaje de cada uno dellos quedase memoria. Y así dejaron el marquesado de Moya, con su tierra y otras rentas, a su hijo mayor don Juan de Cabrera, que como se dixó fué casado con doña Ana de Mendoza; y estos segundos marqueses de Moya tuvieron una sola hija... Y el marqués de Moya, don Juan, desde a poco tiempo que estaba viudo, se hizo de los Terceros de la Orden de San Francisco, y renunció al marquesado y título, en sus días, en su hija la marquesa».

El conde de Oropesa, don Francisco de Toledo, «casó con doña María de Figueroa, hermana del conde de Feria, segundo marqués de Priego; y muerta esta señora —después de darle cinco hijos— quedó viudo el conde,

y aunque mozo no se casó, para darse más libremente a cosas de devoción y vida espiritual, oración y limosna y otras obras perfectas. Fundó en Oropesa dos monasterios de la Orden de San Francisco, uno de frailes y otro de monjas, de la advocación de la limpia y clara Concepción de Nuestra Señora, y le dotó de suficiente renta para el sustento de las religiosas. Y fué abadesa en él su hermana doña María de Toledo».

«Otra hermana de este conde (de Salinas) casó en Aragón con el conde de Ribagorza. La cual señora fué una de las más hermosas damas que hubo en España en su tiempo, y de mayor virtud y cristiandad que se conoció. Y en particular la alaban de tres heroicas virtudes, por donde se sabrá quién era esta señora. La una, que ningún día se le pasó después que se casó sin hacer limosna, y por muchas que eran las públicas fueron muchas más las secretas. La otra excelencia fué que en su casa hombres y mujeres ninguno avía de jurar, porque decía que el que avía menester jurar para creído él mismo convidaba a que no se le creyese. La tercera fué que los vasallos del conde y suyos que eran pobres ordinariamente les ayudaba con dote competente para casar sus hijas, y por esta causa casi cuantas criadas la servían eran hijas de vasallos suyos».

Por supuesto, no todos los cortesanos de los Reyes Católicos fueron tan piadosos y espirituales. Oviedo registra los más diversos gustos, caracteres y condiciones. He aquí algunos ejemplos a voleo.

«En el otro mayorazgo de Luna que hay en Aragón, de los señores de Riola y Heliche, hubo un cauallero que todos conocimos, travieso y de larga conciencia, que se llamó don Francisco de Luna. Hombre áspero de condición para sus vecinos, determinado y de poca consideración, y peligroso; hombre de cautelas y vivo ingenio. Este cauallero fué muy valeroso y amigo de pendencias, que él buscaba las más. Tuvo trabadas pesadumbres y vandos con el conde viejo de Ribagorza, que se llamó duque de Luna, y con el conde de Aranda».

Don Alonso Carrillo, señor de Maqueda: «Fué famoso este cauallero por la gracia y donaire de sus dichos, aunque los preciaba a veces más que a sus amigos, y por la prodigalidad y perdición de su hacienda y patrimonio; que siendo la que tuvo y heredó muy grande y lucida, la disipó y gastó, y no le quedara ninguna si su hijo y heredero no la redimiera del padre por dineros. Era muy aficionado a la caza, galán y muy gastador de todas maneras; y estos materiales juntos apocaron su hacienda. No obstante lo cual fué de vivo ingenio, muy bien hablado y muy bien criado, y de agradable conversación».

Ahora sabemos que a nuestro amigo el cronista Galíndez de Carvajal le tocó un yerno gastador: «El hijo mayor destos señores —don Francisco de Benavides y doña Sancha de Córdoba, señores de Guadalcázar— se llamó don Luis de Córdoba, que murió antes que heredase. Casó dos veces, y de la primera mujer hubo a don Francisco de Córdoba, que fué un cauallero lleno de grandes virtudes y gentil disposición, más lucido y

gastador de lo que su renta permitía. Casó con doña Juana de Carvajal, hija del doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, del Consejo de los Reyes Católicos y su refrendario y cronista, catedrático de Prima en la Universidad de Salamanca. En la cual hubo don Francisco asaz hijos, y su mayorazgo se llama don Luis de Córdoba, que casó en Ecija con doña Luisa de Aguilar».

Antes de los campeonatos internacionales de futbol, ya producía mucho la pelota: «Fué su maestresala (de Gutiérrez de Cárdenas) Hernando de Luján, aquel gran jugador de pelota, que ganó más de veinte mil ducados a este juego, y cuando murió los dió todos para redención de cautivos». Que es ejemplo que brindo a los de la Liga.

Junto a los condes piadosos, había entonces prelados belicosos: «Tuvo el duque (de Alburquerque) un hermano que fué obispo de Plasencia, y se llamó don Gutiérrez de la Cueva; y conforme a las costumbres de aquellos tiempos —se ha de advertir que Oviedo escribe bajo Carlos V— los obispos y prelados se exercitaban en la guerra, trocando a las veces los roquetes por armas, no sin escándalo y mal exemplo. Y así este prelado fué muy arriscado y valiente por su persona, cosa que luciera más siendo seglar; y tuvo reñidas contiendas con el obispo de Córdoba, don Iñigo Manrique, y en ciertos rencuentros que tuvieron, muy sangrientos, le desbarató, con muerte y heridas de muchos, y fueron otros presos. Y en todo se mostró el obispo por su persona, y no era poco loada su lanza en estas acciones de guerra».

Es la tradición de los prelados de la Reconquista, llena de gloriosos antecedentes: «Don Sancho de Roxas, obispo de Palencia, después arzobispo de Toledo, fué muy buen cauallero, y muy señalado por el esfuerzo que mostró en la toma de Antequera, en tiempo del infante don Fernando. Un hermano tenía el arzobispo, que se decía Rodrigo de Roxas Escubén, que a la puerta de una iglesia le mató un rayo, en tiempo del rey don Enrique el Tercero; el cual era muy gentil cauallero».

Pero ya estamos en el Renacimiento, y empiezan a privar otras aficiones pacíficas. Don Antonio de Bobadilla «fué muy gentil hombre y bien dispuesto, y de muy buenas habilidades. *Cantaba* extremadamente. Era muy buen *latino*. Jugaba de todas las armas con gran destreza, y era muy exercitado en las armas y en todo lo que los caualleros deben saber, a pie y a caballo, con linda maña y habilidad. Era afable y de muy buena conversación». Al conde de Lemos don Rodrigo Osorio le llamaron *el Músico*. El gran Garcilaso de la Vega, hermano de Pero Lasso el de las Comunidades e hijo de Garci Lasso, embajador en Roma y comendador mayor de León, y de doña Sancha de Guzmán, hija de Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres, «fué muy gentil *músico de harpa*, y buen cauallero».

Don Carlos de Mendoza, nieto del conde de Castro, «fué uno de los mayores *aritméticos* de España. Vivió con el cardenal don Fr. Francisco

de Cisneros, arzobispo de Toledo. Hízole deán de aquella iglesia, maestra-escuela de Alcalá de Henares y arcipreste de Uceda, y le dió otros beneficios, con que tenía gran renta; a más de que fué contador mayor de las rentas del arzobispado, mientras vivió. Y residía en Alcalá de Henares, y allí murió; y está sepultado a las espaldas del coro de Santi Juste, delante de un retablo y capilla que él fundó y dotó con siete capellanías perpetuas, en el suelo llano, con una laude de juspe. Y dejó su casa, con cierto pan de renta, a la Orden de Santo Domingo, para un Colegio, con tanto que el dicho Fr. Diego, su hermano, fuese rector perpetuo dél, mientras viviese. Era don Carlos protonotario de los del capelo, y fué hombre de hermoso aspecto, muy bien hablado. No fué de muchas letras, más fué de muy agradable conversación, y muy bienquisto».

Es curioso saber que el arzobispo de Sevilla e Inquisidor general fray Diego de Deza «tuvo particular entretenimiento con un león que de muy pequeño se crió en su casa, y era manso, y muy grande y hermoso animal; más al fin mostró algunas veces su ferocidad». En los desafíos más cruentos se usaban lanzas con puntas de diamante; así el de cierto francés que traía por empresa un «retrato de una dama de medio relieve, en una patena o medalla, colgado de una cinta de seda». En el torneo que dió pie a la fundación del monasterio de San Jerónimo del Paso, en Madrid, «avía para premios muy ricas joyas y preseas de oro y plata, puestas en un aparador; y la más estimada era una sortija con un diamante, que valía cien ducados».

Entre todos los cortesanos de los Reyes Católicos, atraen particularmente nuestra curiosidad los secretarios y los contadores; porque entre ellos andaba el juego.

Hernán Dálvarez Zapata, «fué un antiguo criado de la Reina Católica doña Isabel, y era natural de la ciudad de Toledo. Fué secretario de los Reyes Católicos, el más acepto a ellos y de quien más confianza hacían; y él tenía el mayor manejo de los negocios, y se hizo muy rico en renta y vasallos. El por sí era muy hábil, y tenía mucha noticia de los negocios, y se daba muy buena maña en el desempeño dellos. El fué el primero de su linaje y el fundador de su casa, y el que ganó la hacienda. Fué notable varón, afable y de vivo ingenio; y acertó a servir en buen tiempo y en grande oficio. Y juntada su industria con las mercedes que los Reyes le hicieron, acrecentó su hacienda y dejó a Antonio Alvarez, su hijo, un mayorazgo de más de dos cuentos de renta, y buenos vasallos, en Toledo, donde vive, y la villa de Cedillo. Otro hijo tuvo, cauallero de la Orden de Alcántara».

Otra firma nos es familiar en los documentos reales de la época: la de Gaspar Gricio. «Tuvo el príncipe don Juan dos secretarios, que fueron este Gaspar de Grizio y Pedro de Torres. Ambos consiguieron los oficios por el favor de sendas hermanas que tuvieron, cada uno la suya. De nuestro secretario fué doña Beatriz Galindo, a quien por otro nombre llamaron

la Latina, que fué de las más aceptas y favorecidas criadas que tuvo la Reina Católica; y a su suplicación, cuando en Almazán pusieron casa al príncipe don Juan, el año de 1496, la Reina le nombró por su secretario. Y el ama que avía criado al príncipe era doña Juana de Torres, y ella suplicó a la Reina y al príncipe que diese a su hermano Pedro de Torres oficio de su secretario. Y el uno y el otro fueron personas en quien cupo bien este oficio. Gaspar Grizio fué hombre pequeño de cuerpo y moreno, y de buena gracia y gentil habilidad».

«Cuando murió el príncipe, que fué miércoles a 4 de octubre de 1497, aquel mismo año, los Reyes sus padres se fueron a la villa de Alcalá de Henares y estando allí reformaron su Consejo real, y despidieron del al doctor Talavera, Rodrigo Maldonado, que estaba ya muy rico y heredado, y al doctor Villalón, y al doctor Alcozer, y a los demás que concurrían en el Consejo real, excepto al doctor de Oropesa, por cohechos y excesos indignos del lugar que tenían. Y fué asimismo despedido Hernán Dálvarez Zapata, el más preeminente y acepto a los Reyes en el oficio de secretario. Y como hacía poco que el príncipe avía muerto, acomodaron en su lugar al secretario Gaspar de Grizio; y en el Consejo pusieron a los licenciados Moxica y Zapata, y al doctor Martín Fernández de Angulo, arcediano de Talavera, que avían sido del Consejo del príncipe. Y el dicho Gaspar Grizio (luego) estando ya muy rico y heredado, se recogió a la ciudad de Salamanca, y dexó el oficio. Donde murió; y dejó a sus hijos ricos, y un buen mayorazgo. Y hizo la casa con lo que le valió el oficio».

Los contadores mayores tienen sabrosos capítulos particulares en este manuscrito de Oviedo; y una referencia general verdaderamente preciosa, y que brindo a los historiadores de nuestra Economía, porque descubre el origen de los *encabezamientos*.

«Yo conocí en la Corte de los Reyes Católicos, siendo muchacho y paje del príncipe don Juan, que don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Castilla, y don Juan Chacón, adelantado de Murcia, y Rodrigo de Ulloa, contador mayor de Castilla, por causa de sus grandes oficios, traían toda la masa de la Hacienda real entre sus manos, y eran segundos señores de estos reinos de Castilla y León, y de sus anejos. Y levantóse un hombrecillo de buen ingenio, llamado Diego de la Muela, y éste dió aviso al Rey y a la Reina acerca de la mala administración de sus rentas reales, y les mostró a los Reyes palpablemente como los contadores mayores eran señores de la Hacienda real, y eran muy servidos y aprovechados por su cobranza y administración. Y con esto tenían grandes haciendas y muchos criados y allegados, a costa de los pueblos y vasallos y del patrimonio real. Y ofreció medios por donde se evitasen tantos robos e injurias, y notorias injusticias, y manifiestos cohechos».

«Oyeron a Diego de la Muela aquellos benignos príncipes, y conferidas sus razones con hombres doctos y prácticos en las materias, y bien

intencionados, dieron orden en los encabezamientos. Y las mismas ciudades y pueblos tomaron sobre sí las rentas reales, y las pagaban al Rey, y las cobraban, ahorrando gastos y escusando las grandes molestias, costas y vejaciones que los arrendadores y recaudadores llevaban. De que Sus Altezas se dieron por bien servidos, porque sus rentas fueron más bien cobradas y pagadas, sin mal tratamiento de los súbditos y vasallos. Y aquel hombrecillo que dió el aviso fué muy bien gratificado y pagado por su industria de la gratitud y liberalidad de los Reyes, que le hicieron muchas mercedes; como siempre lo usaron con sus buenos, fieles y leales vasallos».

Para otra de las grandes reformas de aquel reinado, la incorporación de los maestrazgos a la corona, hay otro texto gracioso en este inédito de Oviedo, a propósito de don Garci López de Padilla, último maestre de Calatrava: «No hubo en su tiempo capitán más diestro ni animoso que este maestre; y se trató muy como gran señor, teniendo en su casa muchos caualleros y otros hidalgos muy honrados, a quien él ayudaba y honraba cumplidamente. El cual administró muy bien el maestrazgo, en la paz y en la guerra, hasta que le llevó Dios a su gloria el año de 1494».

«Y entonces los Reyes Católicos tomaron en sí la administración del maestrazgo, y de allí adelante, por bulas de Su Santidad, fueron los Reyes administradores perpetuos de la Orden. Y lo mismo hicieron en el maestrazgo de Santiago, después que vacó por muerte de don Alonso de Cárdenas, último maestre de aquella Orden, cuya administración tomaron en sí los Reyes, por bulas apostólicas. El maestre de Alcántara, don Juan de Zúñiga, *parecía que tardaba en morir*, y tuvieron los Reyes forma con él para que renunciase el maestrazgo, y hiciéronle dar en recompensa un capelo de cardenal, y después los Reyes le dieron el arzobispado de Sevilla. Y con esto dejó desembarazado el maestrazgo de Alcántara, para que de éste como de los demás tomasen los Reyes libremente la administración y conquistar tan poderosos y absolutos señores de sus reinos como eran los maestres».

Terminaré, como el reinado, con la figura de Cisneros. Primero, unas curiosas noticias de familiares: Los padres de Cisneros «tuvieron tres hijos, que criaron con buena enseñanza y doctrina. El mayor dellos fué el cardenal, que se llamó Gonzalo en su bautismo. El segundo se llamó Juan Ximénez de Cisneros; y el tercero Bernardino. El primero y el último destos hijos se aplicaron al estudio, donde les puso a todos su padre. Y el segundo, aunque tenía admirable memoria, no se inclinó al estudio, y aprendió el oficio de barbero, y tenía donaire y remoqueles muy propios de los desta profesión, sin que se encaminase entonces ni después a más autorizada manera de vida, por la poca capacidad de su ingenio. Mas vivió sin perjuicio de nadie. Casóle el cardenal con doña Leonor Zapata, hermana de Pedro Zapata, señor de Barajas y El Alameda; en quien hubo un hijo, que se llamó don Benito de Cisneros, y dos hijas, doña

Juana y doña María de Cisneros, que se casaron principalmente. A (este) su hermano Juan Ximénez, a quien el cardenal conocía muy bien que no era para cortesano ni cosas de cumplimiento con casarle con doña Leonor Zapata, le dió muy bien de comer y le tuvo fuera de la Corte».

«El tercero hermano del cardenal (Bernardino de Cisneros), fué religioso de la Orden de San Francisco. Este tuvo pocas letras y poco reposo. Fué de agudo y vivo ingenio, pero sin fruto. No dió lugar la inquietud de su condición y sus siniestras costumbres a que su hermano hiciese nada por él, antes le aborreció por sus culpas». ¡Ninguna penitencia peor para Cisneros que ésta de tener por hermano un fraile díscolo!

Oviedo parece aceptar que Cisneros murió envenenado: «Desde allí se fué a la villa de Roa, en la cual murió, yendo a besar la mano al Emperador, que ya venido de Flandes era desembarcado en España. Díxose que murió atoxigado, y aún afirmaban que le avía dado veneno un secretario suyo, a quien él, de muy pobre, avía hecho rico, y le avía honrado mucho, para que la ingratitud fuese más señalada. Y túvose por más cierto aver sido su muerte con veneno, porque fué muy breve su dolencia, y mostró el cuerpo muerto indicios del veneno».

Y ahora, como contera, una explicación del origen de las Comunidades, que merece ser meditada: «No le faltaron émulos y enemigos mortales al cardenal (Cisneros), que le aborrecían, así por la rectitud de su justicia como por envidia de la potencia de su gobierno; y murmuraban dél sin cesar, y aún trataron algunos de le descomponer con el Rey. Y le achacaron que fué la causa y ocasión, el cardenal, para que ubiese Comunidades en Castilla, porque favoreció al pueblo, y le dió armas, con que se atrevieron a hacer rostro a los grandes y poderosos y a los nobles, que son aborrecidos de la plebe, y les concedió muchos privilegios y exenciones, con que se hicieron insolentes y atrevidos, viéndose libres y exentos de pechos y contribuciones, y armados so color y título de milicia, para acudir al cumplimiento de la justicia real y a las cosas que les fuesen mandadas del servicio de Su Majestad. Y estaba dividida esta milicia por nóminas y partidos los soldados por los lugares; y aviales dado armas: coseletes, espingardas, lanzas, ballestas y espadas».

«Y como el pueblo, ciego y arrogante, se halló libre y armado, fácilmente se levantaron y se pusieron en armas, después, a voz de Comunidad. Y aún, sosegados y castigados los culpados, mucho tiempo después, el licenciado Francisco de Vargas, tesorero general del Emperador, cobró estas armas de las personas que las recibieron y de sus hijos y herederos, vendiendo a muchos sus haciendas para pagar al Rey. Y les quitaron los privilegios de exempción y libertad de pechos, pagando los que dexaron de pagar y quedando pecheros como antes. Y aún por la revocación destos privilegios, que a muchos se los quitaron antes de las Comunidades, siguieron de indignados la voz de los alborotados. Pero fué calumnia que le pusieron sus émulos al cardenal, que tuvo santo celo y

buena intención, fundada en buen discurso; que no pudo él presentir los desórdenes que después sucedieron, por nuevas causas, y no pensadas».

Hasta aquí Oviedo. Además de todo lo otro, interesantísimo, en que no podemos detenernos, creo que este texto debe incitarnos a investigar a fondo sobre esa reforma social emprendida por Cisneros, y que hubo de malograr su muerte y el cambio general de política.

Insensiblemente, hemos ido pasando de la amable anécdota de un álbum de miniaturas a los grandes problemas de Estado. Ello demuestra, en tesis general, el rango preeminente de la Historiografía, que vengo tratando de ilustrar desde hace un largo cuarto de siglo. En Historia, el texto narrativo es lo primero y lo último, y en medio, como emparedado, puede estar todo lo demás.

Volvamos a nuestro punto de partida. Regresemos a la sala de los Reyes Católicos, en el Museo de las figuras de cera. Otra vez reina la penumbra, y los maniqués permanecen anodinos e inmóviles. Pero nosotros podemos prestarles ahora, aunque sólo sea con la imaginación, sus gestos y ademanes auténticos, oír sus palabras y adivinar las pasiones que agitan sus pechos.

Este es el milagro de este libro inédito de Gonzalo Fernández de Oviedo, y por ello le debemos nuestra gratitud.

J. DE M. CARRIAZO.

